

Verónica Álvarez Rivera
ILUSTRACIONES DE **Walter Poser**

ILUSTRACIONES DE **Walter Poser**

EL PORTAL MÁGICO

Verónica Álvarez Rivera

ILUSTRACIONES DE **Walter Poser**

Fue un viernes. Último día de la colonia de verano. El profe Alejandro propuso cerrar con saltos ornamentales, que practicamos durante dos meses y medio.

Loretta era la mejor. Martina le pisaba los talones... *literal*. Loretta hacía un salto adelante y Martina un holandés o inverso. Jael se mandaba unos giros que dejaban a todos boquiabiertos. Un capo, Jael.

Y yo más o menos. Le ponía onda. Si tomamos en cuenta que cuando arrancamos a fines de diciembre me tiraba “de bomba” en posición fetal, abrazando mis piernas con una mano y tapándome la nariz con la otra, y ahora podía hacer un salto para atrás..., era un montón.

La cuestión es que nos pusimos los trajes de baño deportivos, las gorras de neopreno (tienen los colores y el escudo del club) y las antiparras. Así los “cuatro fantásticos” quedamos al borde de la pileta olímpica.

Ese día invitaron a las familias. Podían sacar fotos y grabar. La idea de los coordinadores era finalizar con

una merienda compartida, juegos y canciones de cada equipo y foto con las banderas.

Y chau, fin. Taza taza cada uno para su casa.

Y lo peor... de lo peor.

A la semana siguiente empezaban las clases. Y mis ganas de llorar por tener que madrugar.

En fin. Vamos al relato. El profe Ale pita el silbato. Mili, la guardavidas, observa atenta, por las dudas.

—¡Lorettaaaaaaaaaa! —anuncia Delfina, la “jefa” de los profesores. Y Lore se manda un salto con giro y cae al agua.

—¡JaeeeeeeIIII!

Y mi mejor amigo se lanza hacia dentro con estilo.

—¡Marrrrrtinaaa!

Y Martu se manda con un clavado de lujo.

—¡Benjamín!

Y llega mi grandioso salto para atrás.

Creo que escuché los aplausos y los “bravooo... bravooo”. Creo. Porque lo que pasó a continuación, eso sí, no me lo van a creer.

Bajo el agua nos miramos los cuatro. Del sumidero provenía una luz fluorescente, muy brillante. Les aclaro: el sumidero es una abertura en la parte inferior de la piscina que ayuda a recircular el agua.

Esa luz se hizo burbuja... burbujón. Y nos tragó.



Empezamos a girar de izquierda a derecha en remolino. Como cuando apretás el botón del inodoro. Gritábamos. Porque nos salían burbujas de la boca. Detrás de las antiparras podía ver los ojos enormes de Martina, los ojos asustados de Jael y los de Loretta cerrados con fuerza. Y yo a los manotazos, tratando de sujetarme de no sé qué.

En segundos, y como si nos hubiera escupido un dragón, entramos a la pileta.

Nadamos a la superficie, buscando oxígeno.

El aire inundó mis pulmones y se me pasó el susto.

Flotando miré a mi alrededor y estábamos los cuatro. Bien. Respirando. Todo en orden. Chocamos los cinco.

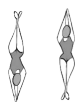
Pero no había aplausos ni bravos ni familias ni profesores de la colonia de verano del club del barrio.

Pasó nadando crol un señor con antiparras y gorro color negro. En sentido contrario una señora con gorra floreada.

¿Qué hacían nadando si la pileta ese día estaba reservada para la colonia?

Pues no era nuestra pileta. No era nuestra colonia. No era nuestro club. No era nuestro barrio. No era nuestro país. No era nuestro continente.

Estábamos en China.



El guardavidas, a lo lejos, hizo sonar su silbato y nos gritó algo que no entendimos... Pero supimos por sus gestos que debíamos salir inmediatamente de la pileta.

Con la sorpresa pintada en el rostro subimos una brillante escalera vertical y como si fuera una coreografía armada a propósito, miramos alucinados a nuestro alrededor.

Chinos, chinas, chinitos y chinitas. Algunos serios, otros sonrientes, otros dormidos, otros riendo a carcajada limpia, otros gritando. Un grupo estaba en mitad de la pileta haciendo aquagym, la mayoría eran señoras grandes, con flotadores de colores, siguiendo las indicaciones de la instructora al ritmo de la música.

En un piletón los más pequeños jugaban con pelotas, animalitos de hule y se animaban al agua usando “bracitos de plástico” con dibujos de dinosaurios.

Todo esto bajo una gran carpa que mantenía una temperatura casi de verano.



Porque en China, en ese momento, hacía cuatro grados bajo cero. Eso decía el cartel escrito en chino y en inglés. Y eso sí lo entendí.

—¡Estamos del otro lado del mundo... cruzamos la Tierra... estamos en China! —pasó en limpio Martina que tenía la cualidad de resumir todo en pocas palabras.

—Ay mamita, ay mamita, ay mamita... me van a sacar la Play por tres años por no pedir permiso para salir —sentenció Joel que estaba acostumbrado a “reflexionar” sin acceso a los videojuegos cada vez que se mandaba una macana.

Y en ese momento lo vimos venir. En medio de tanta gente con rasgos orientales, un joven moreno, de pelo enrulado, ojos verdes como una iguana y una gran sonrisa se acercó y nos dijo asombrado:

—¡Faaaaaaaaaaaaa! ¡Otra vez! No lo puedo creer. Hola, chicos, chicas —saludó—. Me llamo Joaquín. Soy argentino. Hinchas fanático de la selección, de Messi y del Dibu, encantado de que estén en mi piletta. *Nǐ hǎo* —dijo y nos hizo una reverencia con las palmas de las manos juntas a la altura de la cintura.

—*Nǐ hǎo* —contestamos los cuatro, porque en la colonia está nuestro amigo Pablo, que es el hijo de los dueños del supermercado del barrio. Y él nos enseñó a saludar en chino. Y *nǐ hǎo* es nuestro “hola”.

—¿Cómo llegamos hasta acá? —preguntó Loretta ansiosa y al borde del llanto.

—Mejor nos tranquilizamos —sugirió Joaquín—. Los invito un té caliente, tienen que recuperar fuerzas.

Y así en minutos, envueltos en batas térmicas de toalla finita que regulaban la temperatura corporal de cada persona, con pantuflas y todo, estábamos en la zona gastronómica frente a cinco tazas de té calentito y unos bollos dulces que eran toda una tentación.

Obvio que le entramos a la merienda como bestias hambrientas. Acá o en la China, después de nadar y jugar, si tenés 11 años y estás en pleno desarrollo, te comés un elefante crudo untado en dulce de leche.

Eructé. Y bueno, es que comí tan rápido que tragué hasta el aire. El ruido hizo que todos se dieran vuelta, y la risa se volvió contagiosa. Lo más divertido era ver los ojitos finitos de quienes nos rodeaban. Y ahí nos reímos todos, y ya más relajados escuchamos la explicación de Joaquín.

—Chicuelos, esto es muy sencillo. O no. Existe un portal mágico. Desde hace años. Parece que hubo un gran constructor de piscinas chino que trabajó en muchos países. Argentina fue uno de ellos. Este honorable señor, que además de piletero era alquimista, pudo descubrir la manera de crear portales a través de los *skimmers*, sumideros,

válvulas y limpiafondos. Todo un circuito que por la conjunción de elementos como arena sílica, cuarzo, tierra diatomea y otros más, crea una burbuja fluorescente que permite transportar cosas y personas.

—Eso, eso... eso fue lo que vimos antes de aparecer aquí, nos atrapó la burbuja fluo —contó Jael.

—Entonces ustedes fueron los afortunados. Esto solo sucede el día del Año Nuevo Chino a las tres de la mañana cada doce años. El año de la serpiente.

—O sea... —dije.

—El día anterior a las cuatro de la tarde de la Argentina. Ayer ustedes cuatro estaban en el lugar indicado en el momento justo. Año nuevo lunar 2025, el año de la serpiente.

Crean o no así fue como terminamos en una piscina artificial en Pekín. Con Joaquín. El 29 de enero, apenas comenzado el Año Nuevo Chino.

Para no aburrirlos, y porque estábamos preocupados de que se preocuparan por nuestra ausencia, decidimos volver. Porque, además, se cerraba el portal. Eso le había pasado a Joaquín, que se enamoró de China y de una china y se quedó a vivir allí trabajando como guardavidas en esa mismo lugar, para poder explicarle a quien o quienes llegaran qué hacían allí y cómo volver.

Y eso hizo, y volvimos. Girando en remolino pero de derecha a izquierda.



El portal detenía el tiempo en el lugar de partida. Por ende, regresamos al fondo de la pileta del club para salir a la superficie como si nada. Nadando.

No merendamos como el resto de los chicos y chicas, porque estábamos empachados de pasteles de luna y *bo lo bao*... pasteles de piña, en español.

Hicimos los juegos en familia y nos sacamos las fotos con las banderas de cada grupo.

Delfina, la “coordi”, nos despidió con relindas palabras y una pregunta:

—¿Les gustó la colonia de este fabuloso verano 2025?

Y nosotros cuatro, los cuatro fantásticos, cómplices y mágicos, nos miramos y contestamos con fuerza:

—¡Nos encantó! ¡De acá a la China... ida y de vuelta!
—dijimos a coro y chocamos los cinco.

Igual ya me agarró la angustia. El lunes arranca el cole... ¿Habrà un portal mágico para escapar de la clase de Matemáticas?